

casa una señora parienta vuestra. Un dia desapareció un reloj perteneciente á esta señora: ¿fuísteis vos quien se lo llevó para empeñarlo?

El acusado ha contestado hasta aquí con la mayor calma; pero en este momento se turba, y su voz manifiesta una emocion profunda.—Yo creia que se circunscribira la acusacion á los hechos que la motivan; pero veo que no es así, puesto que se ha investigado en mi vida pasada, que se ha revelado un hecho grave, enteramente extraño al que me ha traído aquí. Este hecho se presenta tan desnaturalizado, tan envenenado, que debo á mis jueces, que debo á mí mismo, esplicaciones completas. Mad. de Bovis no era una persona extraña para mí; era parienta mia. Yo estudiaba leyes; le habia sido recomendado, y me amaba como á hijo. Un dia, tenia una grave urgencia de dinero; fui á su casa para pedir la prestada la suma que necesitaba, pero no la encontré. Tenia ella un reloj, y se lo tomé con intencion de volvérselo, y lo llevé al Monte de Piedad, seguro como estaba de desempeñarlo en cuanto recibiera mi mesada. Por lo demás, yo no oculté mi falta. El reloj lo empeñé á nombre mio, y firmé el registro.

*Presidente:* Decís que teniais intencion de volverlo. No obstante, Mad. de Bovis os envió una carta preguntándoos si os habíais llevado el reloj en chanza, á la que contestásteis: decid á la señora que ella es sin duda la que se chancea. Os enviaron despues una persona á la que entregásteis el recibo. Pero en vuestro cuarto se vió un trage de baile y botellas de champagne. En un principio quisísteis despedir á esta persona; la amenazásteis con ponerla en la puerta, y cuando se os dijo: es que está abajo esperando un comisario de policia, os decidísteis por fin.

R. Es una indigna calumnia. Continua siguiendo respecto de mí el plan horrible que desde un principio se ha trazado.

P. ¿Qué quereis decir?

R. Despues de la muerte de M. Dujarier, ha dicho una persona, un hombre: yo mataré á M. de Beauvallon con la calumnia, como él ha matado á M. Dujarier con el plomo. Os he dicho la verdad, y si he cometido esta falta, la espío bien cruelmente.

Beauvallon se sienta llorando. Despues de este largo interrogatorio, se pasa al exámen de los testigos.

*M. Miliot*, jefe en el ministerio de Hacienda, vió al dia siguiente de la comida á Dujarier, que le habló de sus duelos, riéndose y sin darles importancia alguna.

*M. Collot*, fondista, refiere el lance del préstamo, como dueño de un establecimiento que tiene interés en no haber visto ni oido nada. M. Dujarier, dice, era muy dulce, muy cumplido, un hombre de mundo. Solamente, segun me han dicho, era muy tacaño en el juego.

*Athenais-Paulina-Lievenne*, de edad de veinte y un años, artista dramática. Esta testigo ha escogido para presentarse al tribunal un trage encantador, pero de gusto deplorable en las circunstancias del momento. Vestido de terciopelo azul, cachemira de la India, roja, capota de raso gris perla, cuello de rico

encaje. No se acuerda de nada, estaba muy ocupada, tenia muchas personas á su alrededor. M. Dujarier tuteó á muchas señoras, y á ella misma. Despues de la comida me dió excusas; yo las acepté y le alargué la mano en señal de reconciliacion.

No sabe nada de la discusion del juego; pero oyó decir que en todo esto habia antiguas rencillas de periódicos.

*M. Roger de Beauvoir*, de treinta y seis años, literato. Yo fui el blanco durante la comida de las chanzas y burlas de M. Dujarier, que no me dejaba. Estas chanzas eran personales y amargas, porque en Dujarier habia dos hombres; el hombre de negocios, del cual solo tengo que vanagloriarme, pero como hombre de mundo, M. Dujarier era burlon, pesado, y se entregaba á unas chanzas que no eran siempre de buen gusto. Yo contesté á M. Dujarier en tono epigramático, con lo que no tuvieron consecuencia nuestras palabras. En el momento de tomar café, M. Dujarier se acercó á mí, y me dijo:—Parece que buskais quimeras. Yo le contesté:—No busco lances, pero los acepto cuando se presentan. A M. Dujarier se le podia contestar de dos maneras: por medio de la palabra, ó por el equivalente: mas él tomaba siempre la palabra por el equivalente, lo que ocasionaba un ergotage de conversacion muy molesto.

P. ¿Pasaba M. Dujarier por un hombre agresivo y pendenciero?

R. No he oido tal cosa: pero aquella noche estaba incalificable en su proceder conmigo.

P. ¿Parecia buscaros quimera?

R. No puedo asegurarlo.

P. ¿Era Dujarier uno de esos hombres que buscan las ocasiones de tener un lance, ó era un carácter pacífico?

R. Yo le he encontrado agresivo para conmigo.

P. ¿Reparásteis en lo que ocurrió durante la comida?

R. Dujarier me pareció fuera de lo comun y ordinario. Dirigió á las señoras brindis singulares: tuteó á Mlle. Lievenne, y le dirigió un brindis con una denominacion singular... Se levantó, y tomando un vaso, dijo á Mlle. Lievenne: «Anais, yo dormiré en tu casa dentro de un mes.»

P. ¿No hizo un movimiento Beauvallon al hacer este brindis?

R. Hizo un movimiento muy justificado por las palabras de Dujarier. Mlle. Lievenne se mostró muy confusa, llegando á arrancarle su emocion lágrimas.

P. ¿Qué sucedió al dia siguiente?

R. Me escribió M. de Beauvallon. Fui á su casa, y me pareció muy sentido de lo que habia pasado la víspera entre él y Dujarier. Rogóme que fuese su testigo. Yo le espliqué mi situacion personal y le dije que me tocaba á mí pedir primeramente satisfaccion á M. Dujarier. MM. d'Ecquevillez y de Flers, se encargaron de ir á casa de M. Dujarier en mi nombre y en el de M. de Beauvallon á pedirle esplicaciones. El lunes tuve la desgracia de perder á mi madre, y perdí de vista este asunto.

El testigo añade que le parecieron muy conciliadoras las intenciones de M. de Beauvallon. Oyó decir